

Editorial

El reto educativo para nuestros países se manifiesta alrededor de dos aspectos: el de la calidad de la educación ofrecida, y el de la amplitud de cobertura de la demanda educativa. Mejorar cualitativa y cuantitativamente la educación es una meta que se proponen, de una u otra forma, todos los ministerios de educación. Pero la cuestión no es tan unívoca como en ocasiones se estima. Por un lado, habrá que clarificar el significado de “mejora cualitativa”; por otro, será necesario precisar la relación entre “mejora cualitativa” y “mejora cuantitativa”.

Responder oficialmente al reto educativo puede implicar el seguimiento de una de tres estrategias básicas:

- a) atender simultáneamente a las mejoras cualitativas y cuantitativas de la educación oficial;
- b) comenzar por mejorar cualitativamente la educación que ya se esté ofreciendo, para abocarse después, sobre esa base, a incrementar la satisfacción de la demanda;
- c) lograr que una educación mínima oficializada llegue a la casi totalidad de los individuos del país, aunque esto signifique una disminución en la calidad, para mejorar luego dicha calidad.

El primer camino mencionado ha sido propuesto alguna vez, pero no parece haber sido históricamente viable. En efecto, mantener una alta calidad a la vez que se incrementa el número de población atendida, no ha estado al alcance de países en los cuales el bajo

nivel (cuantitativo al menos, y quizá cualitativo) de la educación es precisamente una de las muchas manifestaciones del poco desarrollo global. Queda, aparentemente, a nivel utópico alcanzar el mejoramiento cualitativo aunado al cuantitativo, y únicamente se presenta como realista la opción entre los últimos dos caminos. Volveremos sobre aquella "utopía" más adelante.

La mejora cualitativa como prerrequisito del aumento cuantitativo ha sido intentada en casos aislados. Pero la presión social alrededor de la gran masa, tanto la ejercida directamente por ella como la manejada ideológicamente por grupos de oposición, ha hecho que esta estrategia no haya podido continuar sostenidamente sus programas. El imperativo de dar atención a una mayoría sobreabunda la necesidad de mejoras cualitativas en un sistema educativo oficial.

Se sostiene así, el tercer camino: lograr una cobertura suficientemente expandida de atención educativa a todos los niveles, aun permitiendo que en una primera fase decaiga la calidad de la misma, y esperar un segundo momento para elevar el nivel cualitativo de la educación ofrecida. Por las razones expuestas en los párrafos anteriores, la mayoría de nuestros gobiernos parecen haber optado, más o menos libremente, más o menos bajo presiones sociohistóricas, por esta estrategia: pasar de lo cuantitativo a lo cualitativo, en el contexto explicado.

El caso se puede analizar en varios países latinoamericanos. En México, en particular, es notable el incremento de la satisfacción de la demanda educativa. Hace menos de veinte años, según los datos oficiales, quedaba fuera del sistema educativo más de una tercera parte de los niños en edad escolar. Conforme también a los datos oficiales, actualmente, y pese al acelerado crecimiento demográfico del país, el sistema educativo ha alcanzado a prácticamente todos los niños. Pero el precio ha sido alto: miles de escuelas no son mucho más que fantasmas institucionales que aumentan las cifras estadísticas, aulas para las que están, sí, inscritos los niños de la región, pero en las cuales la educación que se imparte es, en la práctica, inexistente. Éste no es siempre ni en todo lugar el caso, desde luego, pero es un caso real.

Ahora, en el “Plan Global de Desarrollo, 1980-1982”, se sigue poniendo énfasis, como primera meta a alcanzar, en la inscripción de todos los niños mexicanos. Esto se espera lograr durante el presente año, para el ciclo de seis años de primaria; pero el plan es más ambicioso: ahora se pretende “asegurar la educación básica universal de diez años a toda la población”. El fundamento parece seguir siendo el cuantitativo.

Ahora bien: en el mencionado Plan, como en muchos discursos de funcionarios públicos, la preocupación por la calidad de la educación es también patente. En el Plan Global de Desarrollo, el tercer objetivo explícito para el sector educativo es mejorar dicha calidad. En discursos y pronunciamientos oficiales se manifiesta la conciencia de la baja calidad, y la necesidad imperiosa de su mejoramiento. Esto es congruente con la tercera estrategia general, la seguida por el país: una vez que se ve cerca el cumplimiento del primer paso, el cuantitativo, renace la preocupación por el aspecto cualitativo.

Es necesario subrayar la dependencia de este camino respecto a los lineamientos generales de desarrollo nacional, pues no siempre se es consciente de sus implicaciones. En el modelo adoptado por varios países “en vías de desarrollo”, el primer paso económico es incrementar la producción nacional bruta, a pesar de que esto implique la concentración de capital en manos de unos cuantos, con detrimento para la mayoría, con la esperanza de que, alcanzado un cierto nivel de desarrollo, los beneficios de la producción se derramen sobre las mayorías. En algún momento, entonces, la población general gozará de las bondades de un capitalismo adelantado. El modelo, desde luego, es mucho más complejo, pero queremos centrar la atención en este punto. Es conocida ya la crítica que muchos economistas latinoamericanos hacen a este patrón de desarrollo: los supuestos de tal patrón no se confirman en nuestros países; la concentración de capital se recrudece y no se aprecia la viabilidad real de las esperanzas de justa repartición de los beneficios. En el fondo, la dinámica del aumento cuantitativo como comienzo, con la esperanza de un cambio cualitativo en la repartición posterior, no tiene posibilidades reales. Ya en editoriales anteriores hemos comentado este punto, y hemos ofrecido caminos alternativos.

Volviendo ahora al terreno de la educación, se observa, como hemos dicho, una dinámica parecida. ¿Es posible, entonces, esperar que en la educación sí se cumpla la dinámica propuesta? ¿Podrá pasar la educación oficial de ofrecer beneficios cuantitativos a ofrecer un mejoramiento cualitativo a todos los niveles y a toda la población? El Plan Global de Desarrollo propuesto por el gobierno mexicano pretende lograrlo. Habrá que esperar los programas concretos de operación de tales pronunciamientos, pues desafortunadamente aún no se han visto sus realizaciones. Pero la duda sobre sus posibilidades reales de éxito es grande.

En el fondo, existe otra preocupación respecto a la intencionalidad de una mejora cualitativa en el sistema educativo. Llega a la definición misma de “mejora cualitativa”. Prescindiendo de las obvias necesidades de aumento en la eficiencia administrativa, el control de los maestros (sobre todo en zonas retiradas), la racionalización (y aumento) del presupuesto, etc., el significado de “mejora cualitativa” sigue siendo algo ambiguo.

En algunos casos, la calidad de la educación se ha medido en su relación con las necesidades del mercado de trabajo de un país. La educación es de alta calidad en cuanto responda, mediante la formación de profesionales y técnicos, a las necesidades planteadas por el modelo de desarrollo adoptado por una nación. A esto se dedican los esfuerzos de las planificaciones de recursos humanos. Pero nadie afirma que este punto agota el aspecto cualitativo de la educación.

El enfoque anterior es matizado por afirmaciones respecto a la tarea de la educación de dar a quienes estudian la posibilidad de mejorar, por sí mismos, sus condiciones de vida. A las necesidades de desarrollo nacional se añan las aspiraciones individuales respecto al nivel de vida, y los requisitos de autodisciplina, de esfuerzo, etc. Estos conceptos siguen ligados, desde luego, al camino de desarrollo elegido.

Más aún: también se habla de la mejora cualitativa en términos de influencia humanística: promover las potencialidades humanas,

ayudar a los individuos a convertirse en personas críticas y libres, felices. Así podríamos mencionar otras concepciones. La definición de “calidad educativa”, en cualquier caso, está influida por las concepciones ideológicas de los grandes planificadores nacionales. Mediante esas concepciones, en el mejor de los casos, pretenden elevar el “nivel de vida” de sus conciudadanos. Nuevamente, sin embargo, el significado de nivel de vida está encuadrado dentro de un camino de desarrollo elegido, que pretende alcanzar un desarrollo desequilibrado y cuantitativo, para después equilibrarlo cualitativamente. La evidencia histórica no permite abrigar demasiadas esperanzas respecto a estas concepciones.

Desde luego, ampliar la cobertura de la educación es imprescindible en cualquier supuesto. Pero, además de lo dicho anteriormente, se debe tomar en cuenta que, de acuerdo con los resultados de algunas investigaciones recientes, la misma ampliación de la cobertura está de alguna manera condicionada por la introducción de cambios significativos en la calidad de la enseñanza. Por ejemplo, se ha constatado que los niveles de deserción dependen en parte de tal calidad. Los alumnos, al encontrarse inscritos en una escuela que funciona mal, pronto la abandonan, acuciados también por otros determinantes. La ampliación de la cobertura inicial (inscripción a los primeros grados escolares) no logra, si no va aunada a una mejora cualitativa, sostener la cobertura a niveles más adelantados.

Por todo lo dicho anteriormente, habría que retomar la posibilidad de seguir la primera estrategia expuesta arriba. No es posible simplemente mantener una alta “calidad” educativa al mismo tiempo que se alcance a las mayorías, como no es posible distribuir un “nivel de vida” estáticamente concebido y del cual goza en un momento dado tan sólo una minoría. Es posible, sin embargo, sostener una pauta de crecimiento que haga interaccionar constantemente lo cuantitativo con lo cualitativo, y no espere lograr un alto nivel en lo primero para después pasar a lo segundo. Es posible atender a la población y preparar los caminos realistas y firmes que le permitan a esa misma población ir definiendo, a lo largo de su educación, qué quiere decir “mejorar la calidad educativa” o, en definitiva, “mejorar

el nivel de vida”. Este camino no ha sido intentado suficientemente. Las definiciones, los postulados, los programas, aún parten de las concepciones de personas educadas de una forma definida y que gozan de un nivel de vida concreto. La posibilidad de implantar una dinámica de intervención entre las comunidades de un país, su educación y las planificaciones regionales o nacionales abren las puertas a la primera estrategia: mejorar, dinámica y dialécticamente, la educación en sus aspectos cuantitativos. Desde luego, esta posibilidad está lejos de ser sencilla; pero, en definitiva, las otras dos estrategias no tienen posibilidad de éxito. Algunos esfuerzos se están realizando por seguir el primer camino aquí mencionado. Mucha más energía y decisión se requiere aún para realizarlo suficientemente.

Centro de Estudios Educativos